

Río Guáitara en el camino al municipio de Potosí.

Guáitara, camino interminable del sur

DIANA PRADA ROJAS

Ningún río sino el Guáitara ha profundizado más en nuestra tierra y ha cavado más en nuestra alma... Es nuestra sangre que se precipita arrolladora y es nuestra historia que galopa desmandada. No hay suceso digno de memoria en nuestros anales que no se haya escrito en las pizarras pulidas del río o en los borbollones coléricos de sus declives, con sangre o con emoción en la música coral de sus honduras o en los tajos lajeños de sus desfiladeros: los nariñenses somos nuestro río. El Guáitara es nuestra biografía.

J. C. Mejía y Mejía, Villaviciosa de la provincia de Hatunllacta.

Un río estrecho de caudal espumoso que transita por entre montañas que se empujan para verlo correr por sus pies. Río encañonado. Río rompe montaña. Río de despeñaderos al que han ido a parar furias y gritos. Río violento y ruidoso. Río sin canoas. Río frontera o río que une a Colombia y Ecuador. Río de duendes. Río de energías ancestrales; lengua fina de la cordillera. Río que baja rasguñando la tierra. Río serpiente. Río mestizo, de tragedias de conquistas.

El Guáitara no es un río ancho que se brinda a la contemplación y cuyas aguas cansadas calman el pensamiento. El Guáitara, con esa gradación ascendente, brusca de sonido en la primera a, es un río que no calma, sino que inquieta y sacude con sus voces diversas.

* * *

La carretera de Ipiales a Potosí está, como casi todas las intermunicipales, sin asfaltar. Las montañas surcadas se proyectan hasta donde alcanza la vista, alfombradas con parches ocre, verdes de diferente vigor, amarillo quemado, marrón seco; unidos con el hilo oscuro que forman los cipreses en fila. El paisaje es apacible, huele a tierra húmeda y hay brisa tímida. Por la orilla va caminando una mujer de piel morena y agrietada, pómulos salientes. Lleva sombrero, un pañolón de lana encima de la falda que cubre hasta la mitad de la pantorrilla y un bulto de ramas en la espalda.

En la quebrada Los Chiguacos, que desemboca en el Guáitara, Guillermo Salcedo enciende un cigarrillo, tira el anzuelo una vez más y espera a que alguna trucha pique. Esta vez la pesca no fue en el Guáitara porque el agua está oscura, dice.

Colombia. Comunicadora Social con énfasis en Periodismo de la Pontificia Universidad Javeriana. Con interés en el periodismo cultural, político y de viaje. Trabajó como periodista en la revista cultural web para jóvenes *Bacánika*, en la realización de reseñas, crónicas, reportajes y fotografía. Este texto hizo parte de su tesis de pregrado.



Mapa del recorrido del río Guaitara en Nariño. Los puntos rojos son los municipios visitados y descritos en la crónica. Carta geográfica del departamento de Nariño, construida con base en un levantamiento realizado por la Oficina de Longitudes, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1924. Colección permanente. Biblioteca Luis Ángel Arango.





Guillermo Salcedo,
zapatero y pescador
habitual en el Guáitara.

¿Qué pensará Guillermo en sus horas de pesca, en ese oficio tan silencioso? Esa tarde, a orillas del río, no se oye sino el viento que pone las ramas en disputa y el fluir del agua, sosegado en esa parte. Allí, mira la punta de su anzuelo, va de un lado a otro, atraviesa matorrales, cruza el río, camina, se devuelve y espera.

* * *

El cronista Pedro Cieza de León demarca el territorio de los incas con dos ríos, desde el Maule en Chile, hasta el Guáitara en Colombia:

Pudieron tanto, que conquistaron y señorearon desde Pasto hasta Chile [escribió el conquistador español en su Crónica del Perú sobre su viaje en 1548], y sus banderas vieron por la parte del sur al río de Maule, y por la del norte al río de Angasmayo, y estos dos ríos fueron término de su imperio...

La Unesco adelanta un proyecto de investigación con miras a la nominación del *Qhapaq Ñan* o Camino Principal Andino, el mismo del que habla Cieza de León, como patrimonio de la humanidad. Camino que transitaban viajeros nativos, incas y españoles y que desde Funes, corresponde al costado izquierdo del río Guáitara.

“El Guáitara es el que articula el camino –comenta la antropóloga Claudia Afanador, miembro del proyecto de la Unesco– porque horada la cordillera. Entonces, propicia todo un estilo de vida de la gente frente a ese territorio en el que necesariamente hay que tener en cuenta el río para todo. La gente, al estar en un cañón, desarrolla procesos de microverticalidad, es decir, ubica sus casas en zonas medias que les permiten ir a las zonas altas y bajas con diferentes climas y tener diversidad de productos”.

EL ORIGEN

El Guáitara nace en el volcán nevado de Chiles a 4 007 m. s. n. m., en el municipio de Cumbal, zona fronteriza con Ecuador y avanza por 32 municipios. Desemboca



Volcán nevado de Chiles
en el municipio de
Cumbal.

Centro: Aldemar Ruano.

en el río Patía, al norte del departamento, donde hay gran presencia de grupos armados. Las aguas de origen son las de la quebrada Játiva, que en su andar se le unen las del riachuelo Alumbre. Cumbal tiene el horizonte cercado por el volcán del mismo nombre, en cuyas laderas se estrelló un Boeing 727 ecuatoriano con 94 pasajeros, en enero de 2002; y el volcán Chiles. La población es mayoritariamente indígena, el 80 % es nativa.

La historia del municipio quedó dividida por un sismo que ocurrió en 1923. “A las cinco y media de la mañana sintiose en esta ciudad un fuerte temblor que sembró el más espantoso pánico entre todos los habitantes. El temblor duró ocho segundos”. Así lo registró el 15 de diciembre, un día después de que ocurrió la tragedia, el diario *El Tiempo*. Los vestigios del hecho quedaron aislados en lo que hoy se conoce como el Pueblo Viejo, en donde aún hay restos de caminos de piedra y muros que se arropan con enredaderas.

De camino a la laguna de Cumbal, Aldemar Ruano, líder indígena y el historiador Jaime Coral –el de cabello cenizo en las sienes y la cualidad de hacer bromas ingeniosas y hablar con desparpajo con cualquiera, sin parecer confianzudo–, dialogan sobre los nombres del río y al respecto comenta Aldemar: –Cuando avanzaron los incas a estos territorios el jefe cambió el nombre a Guáitara que en quechua quiere decir ‘agua rápida’. Otros, dicen que Guáitara hace alusión al nombre de una de las princesas que tenía Huayna Cápac. Otros, sugieren que Guáitara en lengua aimara quiere decir la ‘culebra cambiante’.

–Con respecto al nombre del río –interviene Jaime–, en verdad hay muchísimos nombres. Lo que pasa es que esos nombres son de una tribu quechua, que no es la lengua Pasto. Toda la tradición indígena está sujeta a discusión porque cada grupo y cada región le ha dado un significado. Cuando llegan los incas, ellos también le dan un nombre de acuerdo con su cosmovisión pero, en resumen, el agua es sagrada, es ritual, es purificadora.

–En el concepto de culebra cambiante, los indígenas pastos creemos que el río tiene diferentes recorridos –continúa Aldemar– y en cada recorrido adopta distintos nombres. Nuestros mayores nos han dicho que son las distintas pieles



Laguna de Cumbal.

que cubren esta enorme culebra que, dependiendo de los tiempos, se transforma o permanece.

Aldemar ha ido numerosas veces a la laguna de Cumbal, pero hoy parece que fuera la primera; se le nota emocionado. Lleva a su “guagua” (niña), de seis años a verla por primera vez. La laguna copia al cielo entre las montañas. En el puerto hay dos tiendas donde venden hervidos –bebida caliente a base de jugo de frutas y licor–, lo mejor para atenuar el frío. Luego de tomar uno y antes de entrar a la laguna, Aldemar toma la mano de su hija y recita unas palabras en quechua para pedir permiso a las aguas.

* * *

Para los indígenas pastos el río se llama Pastarán, que quiere decir “cacique del escorpión” y tiene la significación “Amaru Pacha”, culebra y universo. Como serpiente de siete cabezas es inicio y salida, origen y terminación. “Somos como el agua, la piedra y la espuma, pues mientras el agua dice vámonos, la piedra dice quedémonos, y la espuma dice bailemos. Pero somos el río”, dijo con lenguaje metafórico el taita Juan Chiles, en 1758.

Los incas lo nombraron Angasmayo, ‘río azul’. Anka: águila de los Andes o anqam anjas, azul; mayu: río. Algunos historiadores dicen que los españoles le pusieron Guáitara.

* * *

El río sagrado, que abastece a veintinueve municipios a lo largo de su curso, está contaminado y tose espuma y basura. En la cuenca del río Guáitara hay veintiún resguardos indígenas. Para los pastos, el agua es un elemento esencial en el origen de la vida, el agua es madre al igual que la tierra, que la luna, que la semilla y que la mujer. El río tiene sexualidad femenina, es energía pasiva.

“El agua nace de una espiral; entonces el río Carchi no nace en el volcán o en los hielos sino que nace en las inmensidades del entorno cósmico”, comenta el

taita Efrén Tarapués, exsenador de la república y representante de la Fundación Shaquiñan.

Efrén se emociona cuando le preguntan por las creencias de su pueblo: “El origen y el mito pasto sobre el nacimiento del río Guáitara es parecido al del universo. La tierra estaba en el vacío y en la oscuridad, envuelta en agua; cuando se encuentra con el fuego y el aire hay un cataclismo que abre las gargantas de la cordillera y brota el río”.

El río es un reflejo del cosmos. Así como en el firmamento hay centros de energía, a lo largo del recorrido del río por el departamento de Nariño hay lugares para energizar el cuerpo y el alma. Rumichaca y Las Lajas son los más importantes: en ellos se hacían baños rituales para la sanación del cuerpo y para encontrar luminosidad y entendimiento. En la creencia indígena las aguas del río corren en un sentido y las energías, en otro. “Estar en un centro de energía es como estar en un lugar del cuerpo del territorio. Eso cuando uno está reposando los ojos lo siente en el corazón y es hermoso”, dice Efrén con cara de complacencia.

Antiguamente, el Guáitara, como proyección del cosmos, estaba relacionado con las temporadas de lluvia y de sequía que servían de referente a los pastos para el sembrado y la cosecha.

“Este río es la arteria principal del territorio de los pastos. Hay que mirarlo como nudo en la Panamazonia para dar una lectura profunda, para entenderlo, y solo así se podrá recuperar una visión de identidad del territorio para la planeación y la protección. El Guáitara es sagrado pero ahora está convertido en una cloaca. La humanidad se cagó en un lugar sagrado”, dice el taita.

* * *

Para recorrer los caminos destapados me transporto en un Renault 12 –calculé que de los años ochenta– color verde olivo. El conductor es don Luis, de unos 60 años de edad, mirada noble y risa que hace reír. Es un cooperativista de izquierda que ha dedicado su vida al servicio de los vecinos, compañeros o pasajeros. Sabe de economía, de organizaciones sociales y explica conceptos con simpleza y humor. Terminó el bachillerato hace unos meses porque se inventaron el requisito del diploma de secundaria para alcanzar altos cargos en la cooperativa.

Vamos con Alexander Yama, ingeniero agroforestal y director de la Fundación Mayunca, en ese carro entrañable y caprichoso, hacia la finca de Fidel Chalparizan, un indígena que trabaja la tierra con el afán de cuidar y no solo de sacar ganancia. Su finca es un modelo en el que los recursos naturales dan plata sin necesidad de alterar ecosistemas, teñir ríos y devorar suelos.

La finca queda en Chita Llano Largo, vereda Cuatial, resguardo indígena de Cumbal. En el camino hay casas de bahareque con la piel enferma de vitiligo y ramas que brotan de los techos. Pasamos por el río Blanco que vierte sus aguas en el Guáitara, en los límites entre Ipiales y Carlosama. A los lados del río hay lavanderas que enjuagan su ropa y la extienden en el pasto para que las seque el sol. Esta práctica, junto con las talas y quemas de la vegetación de las riberas y los vertimientos de aguas negras han contribuido al deterioro del río.



Familias bañándose y lavando sus vehículos en el río Guaitara, vía al municipio de Potosí.

Abajo: Finca de Fidel Chalparizan.



El polvo que se agita con el paso del carro es abundante y por el calor, las ventanas se quedan abiertas. Llegamos a la finca con la ropa rucia y una sensación terrosa en los dientes. Fidel anda por los setenta y tiene físico de viejo tierno: es robusto, moreno, nariz amplia, ojos pequeños y voz apacible. Usa sombrero y la forma de su boca es como una sonrisa perpetua.

Fidel ha sido un innovador en el desarrollo de tratamientos de cultivos y suelos y ha impulsado el uso de materiales orgánicos en reemplazo de los químicos. Cuando era integrante de la junta de acción comunal, Fidel pidió capacitación a Corponariño para aprender nuevos métodos de cultivo, agricultura, reforestación, piscicultura y manejo de recursos naturales e hídricos, para aprovechar el ambiente que tenía a la mano e hizo sus propias investigaciones.

Fidel recuerda que:

venía un ingeniero, nos mostraba fotos divinas de proyectos en Canadá y eso era hermosísimo, pero acá no se podía hacer un trabajo de esos. Nosotros necesitábamos, como comunidad indígena, capacitación, personas de nuestros territorios que se volvieran profesionales porque conocían las carencias y problemáticas propias, porque las tierras y los climas son diferentes a los de otro lugar.

En la finca hay un vivero repleto de bolsas pequeñas con plantas y árboles variados. Un corral con cuyes, dos estanques con truchas que reciben el agua encausada de una quebrada cercana. Y en un cuarto oscuro donde están los estanques de las truchas bebés. Fidel realiza la tarea minuciosa de extraer los huevos de los peces para fecundarlos.

Hace una tarde soleada y con brisa suave; el cielo despejado permite observar la cima del volcán de Chiles que parece cercano desde la finca de Fidel.

–Fidel, ¿cómo era antiguamente el sistema de cultivos?

–Los mayores hacían cabañuelas, pero esas ya no se cumplen debido al cambio del clima que se ha vuelto impredecible. Antiguamente, las temporadas de siembra eran las de diciembre y las de abril. Se sembraba oca, papa, olluco (tubérculo de la región) y las quebradas se miraban más caudalosas.

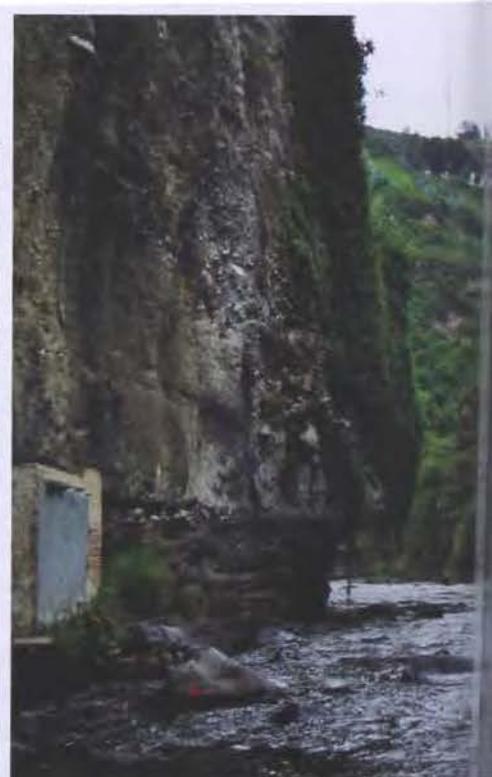
–¿Y sí le han copiado su modelo de manejo en otras fincas?

–Pues, muy poco.

Fidel habla de la importancia de la reforestación de arroyos, especialmente con árboles nativos que conservan el agua, porque el eucalipto o el ciprés secan el suelo; el agua necesita sombra y los árboles atraen la lluvia.

Santuario de Nuestra Señora de Las Lajas.

Centro: río Guaitara a su paso por Las Lajas.



Días después de la visita a la finca de Fidel, don Luis recibió un homenaje por su trabajo comunitario. “Yo soy pobre, no he ganado dinero, pero lo que más aprecio es la cantidad de amigos que he hecho”, aseguró.

* * *

Cuando el cronista fray Juan de Santa Gertrudis tuvo que atravesar el Guáitara en un viaje de cuatro días de Pasto a Las Lajas, el tránsito era difícil por la áspera geografía. Fray Juan narra su paso por el río en su obra escrita en 1771, *Maravillas de la naturaleza*:

Él no es muy grande, pero viene muy rápido y muy encañonado, y está este puente de más de cuarenta varas de alto, que aun las mulas al ver la profundidad, se les espelusa el pelo, y rehúsan de pronto pasar, y por esto siempre se apean los caminantes....

En la actualidad, el camino de Pasto al Santuario de Las Lajas demora una hora y media en bus. En Semana Santa, la peregrinación que hacen los fieles desde Pasto, tarda cerca de doce horas.

LAS LAJAS

Las Lajas es un lugar de mixturas insospechadas. De lejos, el templo parece una ficha de *Lego* que se atascó en la garganta del cañón. El río Guáitara, con su piel oscura y escamas de espuma, serpentea por la montaña y pasa por debajo del santuario. Las colinas que se pierden en el cielo lejano, las arboledas, las tiendas de los alrededores abarrotadas de estampitas, llaveros, bolsos y cuadros barrocos de la Virgen de Las Lajas, imprimen calidez a la majestuosa iglesia de piedra gris y cúspides de estilo neogótico.

Placas de agradecimiento forran el muro derecho del camino de adoquín que lleva hacia el santuario. Frases de admiración por su arquitectura, el registro de

Placas de agradecimiento en camino hacia el santuario.





Visitantes del Santuario
de Nuestra Señora de
Las Lajas.

la visita de algún presidente: “Acción de gracias a la virgen de Las Lajas por los favores recibidos. Familia Ordóñez 1985”, “Para el verdadero creyente, la visita al Santuario de Las Lajas robustece la fe en Dios y su devoción por la Virgen. Gustavo Rojas Pinilla”; placas de 1945, de 1953, de 2008. Cerca de cinco mil placas de mármol y de bronce forman un mosaico que se extiende por el sendero. Un antecedente de esta tradición puede rastrearse en el siglo XVIII: “Allí cada cual que va hace varios rótulos con tinta o carbón con decorosos motes a la Señora, y yo también hice el mío, que dice: ‘La perla más bien pulida que en fina concha se cuaja es la Virgen de Las Lajas en la laja aparecida’”, escribió fray Juan de Santa Gertrudis sobre su visita a Las Lajas en 1759.

Existen varias versiones acerca del origen de la imagen de la Virgen del Rosario sobre la piedra de laja que se encuentra en el altar del santuario. La tradición dice que en 1754, la indígena María Mueses de Quiñones y Rosa, su hija sordomuda, iban de Ipiales a Potosí. Para descansar y escapar del aguacero que caía, ambas se internaron en una cueva y cuando descubrieron la imagen, milagrosamente la niña dijo: “Mamita, la mestiza me llama”. Con la aprobación eclesiástica del hecho, llegaron romerías de feligreses a venerar la imagen. Algunos teóricos dicen que la imagen de la Virgen con san Francisco y santo Domingo a los lados, es una pintura realizada posiblemente por el fraile dominico ecuatoriano Pedro Bedón Díaz (1551-1621) cerca de siglo y medio antes de ser encontrada y no una aparición.

“Cuando entra la colonización aparece lo de Las Lajas, pero, ¿por qué aparece allá? Pues porque en Potosí los indígenas tenían sus tradiciones y hacían rituales de pago; entonces, la Iglesia católica, para contrarrestar eso, pinta la imagen de la Virgen de Las Lajas, para evangelizar”, comenta sobre el mito Javier López, miembro de Shaquiñan y estudioso de la historia pasto y de la Virgen.

Al interior, la iglesia de Las Lajas tiene formas estilizadas. El corredor está demarcado con columnas delgadas, altas bóvedas nervadas, arcos apuntados; hay



rosetones coloridos y vidrieras con escenas de apariciones. El altar es una enorme roca con la imagen enmarcada en mármol de la Virgen del Rosario, pintada sobre una laja. La construcción de la basílica actual comenzó en 1916 y culminó en 1949. Estuvieron a cargo de la obra el ecuatoriano Gualberto Pérez y el pastuso Lucindo Espinosa. Los vitrales costaron \$40 000, el púlpito \$600 y el comulgatorio \$10 000.

El lugar en el que está la basílica era sagrado para los pastos, porque allí realizaban baños de purificación con las aguas del Guátara. En la religión católica, la serpiente simboliza el mal, el demonio; por eso, san Miguel Arcángel pisotea la bestia y el santuario está sobre el río culebra. Ahora, los indígenas colombianos y ecuatorianos van los domingos a ver a la “mamita” y luego bajan a la ribera del río, a frotarse las manos.

A principios de 2011 se inició la restauración de los bellos e imponentes vitrales hechos por el alemán Walter Wolf (quien también realizó los de la iglesia de Lourdes de Bogotá). Los devotos los habían rayado, escrito declaraciones de amor, nombres de equipos de fútbol y algún “fulanito estuvo aquí”. Otros, habían arrancado pedazos de cristal para llevarse un recuerdo; las partes inferiores de los vitrales estaban incompletas, como pan pellizado por las ratas.

Para la Fiesta de la Virgen, que se celebra el 15 de septiembre, llegan más de trescientos mil peregrinos, sobre todo de Colombia y Ecuador, así como en Semana Santa y en diciembre, épocas en las que también llegan miles de devotos. Recuerdo que en el santuario uno de los curas mencionó que se sentía satisfecho por haber sacado de la cabeza de algunos feligreses la idea de botarse al río.

Es domingo y hay bastante gente. La escultura del infante ángel, que tiene en las manos una jarra y vierte un chorrillo de agua en una pileta, congrega una romería de fieles. El ángel está al frente del santuario y es una estación obligada para los creyentes que van a lavarse la cara o a beber agua “porque es bendita y sanadora”.

Visitantes lavándose en la pila del ángel a la que se le atribuyen propiedades curativas, Santuario de Nuestra Señora de Las Lajas.

Algodones pasados por lugares de dolor corporal y fotografías que dejan los creyentes cerca al Santuario de Las Lajas.

Entre los intersticios de las láminas negras de la pared de piedras de laja, que está al frente de la entrada principal de la iglesia, hay pedazos de algodón, que parecen larvas. Esos copos contienen los malestares de los devotos: la gente se pasa el algodón por el lugar donde siente dolor, los deja en la laja y espera sentir alivio; incluso algunos están impregnados de sangre, ya seca. También ponen fotografías que forman un *collage* de rostros en las puntas de las lajas como para que la “mamita” tenga presente la cara del que sufre a la hora de salvarlo.

Abajo, en el río, hay tres mujeres y un anciano. Ellas llevan puesto en la cabeza un pañolón de lana que cae sobre la espalda y les oculta el cabello, faldas largas, alpargatas y collares dorados. Son de estatura baja y tienen la piel parda. Una de ellas coge el bebé que lleva terciado en su espalda con un pañolón y vierte agua sobre su cabeza; los otros se lavan los pies y la cara. Después, suben al templo para escuchar la misa de las nueve.

Camino arriba, por una senda angosta cercana al río, se encuentra la famosa Piedra de los Monos. Este es un punto de energía relevante para los indígenas pastos, porque era un centro indígena ceremonial de pagamento en el que confluían muchos pueblos para celebrar en septiembre las fiestas a la luna. Allí, hasta los años cincuenta, mientras que se hacía la Fiesta de la Virgen de Las Lajas, en la Piedra de los Monos había un encuentro de indígenas. En la actualidad, hay un conjunto de piedras en el río que tienen petroglifos –réplicas– con los íconos representativos del pueblo Pasto. Los soles de ocho puntas, los monos, las espirales y las perdices están grabados en una pintura roja ya desgastada.

Piedra de los Monos.



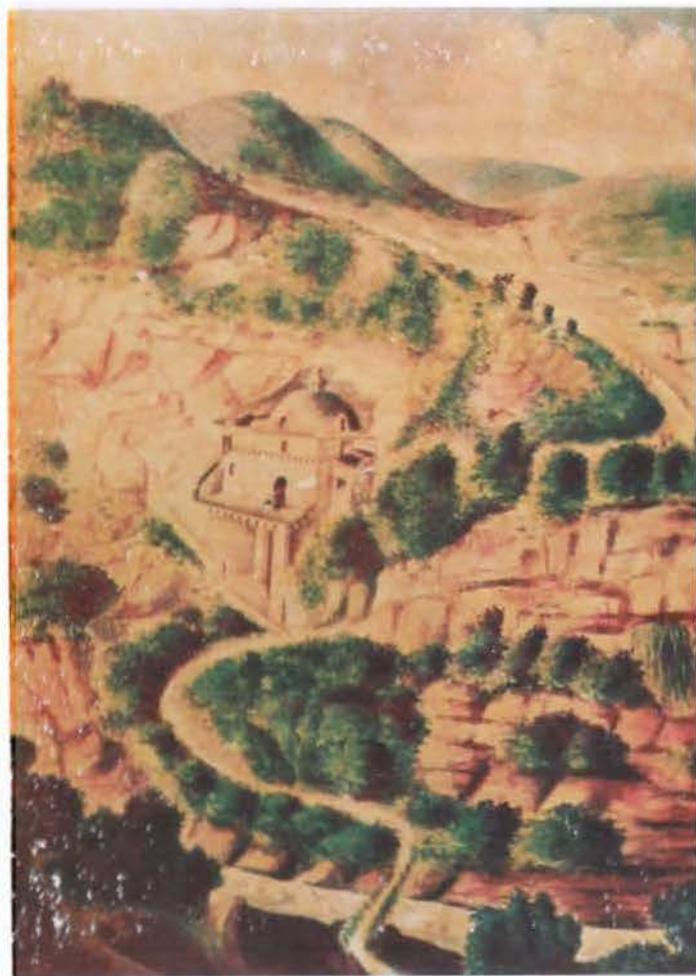


Puente natural de
Rumichaca, provincia de
Tüquerres.

Tomado de *Hojas de Cultura
Popular, Álbum de la Comisión
Corográfica (1850-1858)*,
Bogotá, c. 1950.

Santuario de Las Lajas,
provincia de Tüquerres.

Tomado de *Hojas de Cultura
Popular, Álbum de la Comisión
Corográfica (1850-1858)*,
Bogotá, c. 1950.



Vista de los Andes,
cerca del puente del
Guáitara, provincia de
Pasto.

Tomado de *Hojas de Cultura
Popular, Álbum de la
Comisión Corográfica (1850-
1858)*, Bogotá, c. 1950.

RUMICHACA

Existe la creencia de que si un número par de personas pasa el puente de Rumichaca, el último que se queda, se lo traga el río. Otra, que dice que hay que tirar una piedra al inicio, a la mitad y al final del puente. Y otra, de tantas, que cuenta que cuando estuvieron construyendo el puente había un imán que atraía la herramienta, las picas y las palas; cuando alguien se asomó al río a mirar qué pasaba, vio que había una paila de oro de cuatro orejas que tenía pegada toda la herramienta. En el sitio todavía se ve un remolino donde está la paila, dicen.

Los pueblos ancestrales pasaban por el lomo de la piedra que comunicaba los Andes. Rumichaca en quechua es "puente de piedra" y fue el camino de indígenas, de soberanos incas y de conquistadores europeos. "(...) y está una puente en este río, hecha natural, que parece artificial, la cual es de una peña viva, alta y muy gruesa —escribió Pedro Cieza de León— y hácese en medio de ella un ojo, por donde pasa la furia del río, y por encima van los caminantes que quieren". Hoy, sobre el puente natural están las casas culturales, antiguas casas de aduana, de Ecuador y Colombia, de arquitectura republicana. El paso fronterizo es por el puente de concreto que ya no une, sino que separa.

El Guáitara a su paso por las casas culturales de Ecuador y Colombia, antigua frontera de Rumichaca.

Derecha: Baños termales de Rumichaca.

Desde su nacimiento en el volcán de Chiles hasta el puente de Rumichaca, el río se llama Carchi y al pasar la aduana se llama Guáitara. Los confines que trazaron Ecuador y Colombia cuando ocurrió la separación, en 1830, se hicieron siguiendo la línea del río.



Las fronteras son lugares con una personalidad peculiar, son intersticios entre estados en los que la gente no es de ninguna nación, sino de la frontera. ¿Dónde naciste? ¿Dónde vives? ¿Dónde trabajas? En la frontera. Contrario a lo que se podría pensar, las fronteras no son zonas limítrofes sino de flujos. Los acentos se mezclan para convertirse en uno diferente: el de frontera, la colombo-ecuatoriana, donde la “erre” suena como enredada en la lengua y la “elle”, es *elle*.

Los colombianos van a comer pollo, no poyo, y arroz chino a un restaurante muy popular de Tulcán en donde el *Chow main* vale USD3,50 (\$6 300). De igual forma, los ecuatorianos van a comprar ropa a Ipiiales porque los diseños son bonitos. Las fronteras tienen muros de hielo.

* * *

Las escaleras son de piedra y están lodosas, un mal paso y al río. Hoy no hay bañistas en las termas de Rumichaca; ha estado lloviendo últimamente. Los baños están a un lado de los centros culturales de la frontera en una hondonada, rodeada de laderas con arbustos y enredaderas que se desploman hasta rozar el río.

El complejo de las duchas luce melancólico y abandonado, los muros tienen raspones y pedazos faltantes, el suelo rojizo y el verde de la lama forman colores tornasolados. El chorro siempre está abierto, toco el agua y está tibia. No me pasó lo del quemón que parece haberse hecho Pedro Cieza de León: “Cerca de esta puente está una fuente cálida; porque en ninguna manera, metiendo la mano dentro, podrán sufrir tenerla mucho tiempo, por el gran calor con que el agua sale (...)”.

Al frente de los baños está el “ojo” del que habla el cronista: es una formación de rocas, una piedra grande, redonda, que sostiene las dos paredes rocosas que se juntan. Por debajo pasa arriado el Guáitara o Carchi –en ese punto no se cuál de los dos es–, que parece una cresta blanca que respira fuerte. El paisaje del Guáitara, visto desde Rumichaca, es como lo describió Julio César Goyes Narváez en su poema al río en *Imago silencio*: “Cuánto deseo llevan sus aguas esparcidas / en los senos más salvajes, / echando raíces para que árboles y hombres / crezcan en medio de la sed y el olvido”.

* * *

A las diez de la noche la guardia ecuatoriana atraviesa una cadena en el puente Internacional de Rumichaca y queda cerrado el paso fronterizo. En la mañana hay un flujo continuo; todos circulan por las oficinas de aduana y por el puente. Hay filas de camiones que pueden esperar horas en los trámites aduaneros para pasar los productos. Están los turistas europeos que caminan mirando a todas partes con cara de desconcierto.

Los viajeros colombianos que van hasta Tulcán o hasta las poblaciones vecinas, no necesitan presentar ningún documento –si acaso la cédula– para cruzar la frontera; quienes van más lejos necesitan mostrar el pasado judicial para obtener la Tarjeta Andina de Migración.

* * *

En los días de mi estancia en Ipiiales, los periódicos reportaban la noticia de un bloqueo de camioneros colombianos que impedían el paso a los vehículos de

carga con placa ecuatoriana en la vía Ipiales-Pasto. Las disputas entre los transportadores de ambos países se deben a la ineficacia de las políticas de tránsito. Según el Acuerdo 399 de la Comunidad Andina de Naciones (CAN) que regula el transporte internacional de mercancías por carretera, los vehículos de carga de Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú tienen libertad para circular en el territorio de la CAN. Pero los camioneros colombianos se quejan porque los vehículos ecuatorianos transitan libremente en Colombia, mientras que en Ecuador les impiden el paso. Los datos de Agrocalidad indican que en un día Ecuador lleva entre quinientas y seiscientas toneladas de alimentos a Colombia.

Los transportistas de ambos países quieren un tipo de tránsito de enganche. Esto significa que si un camión viene desde Guayaquil, pueda hacer desenganche en la frontera para que un camión colombiano lleve la carga a su destino. Hay un pacto entre los camioneros: todo lo que va con carga seca, es decir, hierro, arroz y alimentos enlatados, se transporta con el sistema de enganche y todo lo que es líquido, va directamente.

El director del diario *La Nación* de Tulcán, Yaco Martínez, conoce las realidades de la frontera y las prácticas sociales que suceden en el territorio. “El problema es que los gobiernos centrales desconocen la realidad de la frontera –dice Yaco– y por eso toman determinaciones que no nos benefician. La inversión que hacen en la frontera es mínima y de los dos lados de la frontera tenemos los mismos problemas, uno de los cuales, es el contrabando”. La gente trafica de todo, alimentos, ropa, licores, medicamentos, pero los productos más frecuentes son la gasolina y el gas doméstico. Las pérdidas anuales del fisco de Nariño en combustibles es de 240 mil millones de pesos.

Los colombianos prefieren el gas ecuatoriano por varias razones: porque es más barato, porque el cilindro es más grande, porque produce llama azul, que es mejor. Conseguir el gas en Ecuador no es sencillo; el Gobierno ha implementado controles para disminuir el contrabando. Cada familia, dependiendo del número de integrantes, tiene un cupo de uno a tres cilindros por mes. Con un tiquete, la gente adquiere un cilindro de quince kilogramos por USD1,60 –en Colombia lo venden en USD20–. Algunas personas venden los cilindros que no utilizaron. En Ecuador la pena de cárcel para un contrabandista de combustible es de tres años.

“En la actualidad, se venden cerca de treinta mil cilindros aquí en Tulcán –comenta Yaco– pero a Colombia entran muchos más. Entonces, ¿cómo llegan allá tantos?; esa es la gran pregunta”. Para Yaco, el río permite la hermandad entre los dos pueblos y la familiaridad que se vive en los dos lados es extraordinaria. “Creo que el río que nos cruza es un río de convivencia, no debe ser considerado como la frontera que nos limita”.

EL CONTRABANDO

Los caballos van solos por los estrechos caminos de tierra pues, de tanto andarlas, ya conocen las rutas. Los tanques de gas que llevan en el lomo los hacen caminar con paso lento y cansado; a la distancia parece que los caballos llevaran rulos azules para rizar el cabello. Los que llevan bultos parecen el ramillete de un naranjo en flor. Por las colinas de las veredas de Carlosama hay caminos y puentes que llegan a Tulcán: son las rutas del contrabando.

En las estaciones de gasolina de Ipiales hay un letrero que dice: No hay cupo.

Don Luis, entonces, regatea con los vendedores de la carretera que se paran con embudo en la mano a ofrecer gasolina ecuatoriana.

-¿A cómo?, pregunta don Luis.

-A \$7 000 el galón.

-Está muy cara. Si vale seis.

-Llévela a \$6 500, pues.

La mujer entra a una casa y al rato vuelve con el galón.

De los 7 400 000 galones de combustible que le corresponden a Nariño como cuota mensual, 548 000 son para Ipiales. Pasados veinte días del mes, las estaciones quedan solitarias por la escasez. Para contrarrestar el contrabando de gasolina, el Gobierno subsidia la gasolina que llega a Ipiales. En Bogotá, en las estaciones, el galón de gasolina cuesta \$8 697, en Ipiales, \$5 500 y en Tulcán vale el equivalente a \$3 000 (USD1,50). Según datos de la Policía Fiscal y Aduanera, hay más de mil familias de los municipios de Carlosama, Cumbal, Aldana y Pupiales, que se dedican al contrabando.

Carlosama está a trece kilómetros de Ipiales, cerca de Tulcán. Carlos García tiene una finca en la vereda San Francisco. Todos los días ve pasar por el frente de su casa los caballos cargados. Conoce varios contrabandistas: son vecinos. Los saluda cuando sale a caminar y se los encuentra arriando las bestias. Conversamos en la cocina de su casa, en donde dos abuelas cocinan en una estufa de leña: huele a sopa de pollo; hay un bulto de papas debajo del lavaplatos, ollas colgadas en la pared, paredes de cemento ennegrecidas.

Ruta del contrabando por el río Guaitara o Carchi en Carlosama.





Casa de Carlos García
en Carlosama.

–Acá la mayoría de gente vive del contrabando –dice Carlos–, son contados los que viven del jornal, del ‘sembrado’. El diario vivir de todos ellos es el contrabando; no hay otra fuente de ingresos representativa. Se acostumbra el transporte en caballos. Mucha gente está agradecida de estar aquí, por ser frontera. Claro, también hay riesgo por la Policía del lado de acá y del lado de allá, por las aduanas.

–¿Cómo funciona el sistema de los caballos?

–Eso es una cadena. Hay ecuatorianos que recogen la mercancía; hay quienes solo la transportan de un lado a otro y llevan la mercancía a un vendedor; gente que paga el flete, contratistas.

–¿Cómo es el tráfico?

–Ellos lo hacen más que todo en horas de la madrugada o la noche, dependiendo del producto. La persona se va a la quiebra si le quitan los cilindros que pueden

costar ochenta mil pesos o el caballo que carga cuatro cilindros y es la fuente de ingreso de ellos. Cada carga vale cinco mil pesos. En el día y máximo, pueden pasar hasta cinco veces.

En la zona fronteriza hay dieciocho pasos ilegales. Otros medios de transporte son las bicicletas y las motos. Por Rumichaca se utilizan carros en los que se camuflan los cilindros por debajo o en los que ponen doble fondo en el baúl. El 70 % de los vehículos utilizados para el contrabando son de propietarios colombianos y el 30 % de ecuatorianos. El paso por el río Carchi es uno de los más usados.

“Hay personas que arriesgan la vida por cruzar el río Carchi, sobre todo en épocas de invierno, porque el río se crece y como pasan de noche, en la oscuridad, se meten y se los lleva. La señora que vivía en esta casa, antes de nosotros comprarla, murió así hace tres años, doña Fanny Guerrero. Trabajaba en el contrabando y fue a dar al río. Y hay otros casos de cuerpos desaparecidos. Ese es el diario vivir de aquí”.

—¿Cómo es la vida en esta vereda?

—De la parte estatal no se ven inversiones que generen empleo y mejoren la calidad de vida. A nosotros nos tienen como los chicos malos del paseo por lo que estamos en la frontera, porque solo nos dedicamos al contrabando, pero aquí hay mucho desempleo, inseguridad, faltan sistemas de riego, el servicio de acueducto no es continuo, se va por días.

LA PESCA

Guillermo Salcedo es zapatero de oficio. La pesca es su pasión, la hace sin afán, siempre con gusto porque no hay dinero involucrado; va al río cuando le viene en gana, da lo mismo si saca ochenta o ninguna trucha, es un goce. Un día, hace doce años, salió de pesca y sucedió la tragedia. Recuerda y el semblante se rasga con tristeza.

—Yo tuve una caída, un 10 de mayo, nunca voy a olvidar esa fecha. Le digo a mi amigo: hermano, me encanta la pesca, quiero ir a pescar, me voy. ¿Con quién te vas? Solo, le digo. Me encontré unos amigos y les digo: caminen, pues, larguémonos. Ninguno de mis amigos quiso ir. Llegué a la casa, agarré el maletín y mi caña, compré el fiambre, unos bananos, pan y gaseosa y me largué pa' Saguarán. Comencé a descender y, lo que nunca había pasado: la hierba está levantadita y me tropiezo. Caí como doscientos metros, yo iba a quedar inválido y me pusieron clavos en la columna, eso me causó mucho sufrimiento. Tardé como seis años pa' estar bien. Ahora, bajo a lo plano porque, antes de la caída yo hacía caminos, era más atrevido.

Debido al accidente, su columna se atrofió. Tiene sesenta años y pesca desde los dieciséis; luce de más edad, su espalda parece encogida, las manos trajinadas, las uñas con la punta negra; los dos dientes que asoman en los extremos de la boca cada vez que habla o sonrío, no restan viveza ni motivan burla, sino que le otorgan gracia. Desde hace diez años pertenece al Club de Pesca Arcofris, que agrupa a 45 pescadores.

—Cada pescador tiene su sector y cada quien coge su rumbo. Yo salgo cada ocho o quince días y hay quienes viven de la pesca y salen todos los días. Ellos buscan desde San Francisco, comenzando por el Carchi. Ellos pescan con cañas; la pesca con atarraya está prohibida. Se formaron los clubes para que no se termine el

pescado. Nuestro club sembró alevines; la pesca manda que a la trucha hay que sacarla de treinta centímetros en adelante, la pequeña, no. Salimos en grupos pequeños, vamos por Rumichaca, por Puente Nuevo y Puente Viejo, Las Lajas, San Juan. Cuando el recorrido es largo salimos de a cinco u ocho pescadores. La pesca es bonita, andar con amigos es bueno.

Y agrega:

–Como pescador, usted va al río y lo primero que oye son voces, entonces uno dice: ¡Vamos a ver!, pero no hay nadie, y siempre se escuchan voces de niños gritar, llorar o reírse. Un día, me fui con el negro Milton, un amigo, a pescar y me dice: allá en ese árbol me salió una vieja una vez, y me llamó. Ay, tontico hubieras ido, pues, le dije. No, si era mayor, era viejita. Era la viuda del monte. ¿No llevabas cigarrillos, pa' espantarla? Nada.

Estamos hablando a la entrada de la zapatería en la que trabaja. Está con nosotros su amigo don Luis, el del carro, que nos presentó. Suena el teléfono y Guillermo no atiende. ¡Ah!, no hay nadie, dice y continúa con sus historias.

“El pescador es el que camina de un vado a otro, toca echar quimba, sino no se saca nada, de pronto, alguna trucha picada o resabiada que ya sabe lo que le espera: la paila hirviendo –prosigue Guillermo, entusiasmado, con su sonrisa hueca–. Un día, que me encontré un amigo y me fui a Saguarán, a la Alambrada, llama allá. El hombre bajó más, lanzó y salió la solapa de un saco y luego un brazo. Mi amigo, pum..., cayó ahí, si no corro se me va el hombre, se desmayó cuando vio el muerto. Yo lo agarré y nos fuimos”.

Hasta el Libertador Simón Bolívar, echó al Guáitara catorce parejas atadas de manos y pies, por no querer a la República. ¿A cuántos se habrá llevado el río?

Guillermo sigue hablando:

–Nos fuimos con unos amigos a pescar. Caminamos unos doscientos metros cuando escuchamos: tarantan tarantan... tan. Les digo: ¡Ay, hermanos!, van a sacar una fiesta o qué diablos suena. Y entonces, los vimos; eran los duendes con sombreros grandes, lo que sonaba eran los golpes que se daban en la barriga. Hay tres clases de duendes: el vago, el trabajador y el sucio, y si el duende lo ve a uno primero, jodido, se enduenda y pasa que el vago se vuelve trabajador, el trabajador, vago; y el sucio, limpio –espero encontrarme al trabajador, pienso–. Y el remedio pa' esa vaina es la carne de borrego negro. A la hija del finado panzón le pasó.

* * *

El día que voy de pesca con Guillermo a la quebrada Los Chiguacos es lunes; se toma el día libre. Luego de casi dos horas de estar de aquí para allá, probando el agua con el anzuelo en un lugar en el que el río corre sin prisa, pica una trucha. Apresurado, Guillermo enrolla y sale la trucha, la agarra con las manos y la echa en una bolsa plástica. Arregla el anzuelo, vuelve y lanza. Espera.

¿En qué piensa don Guillermo?

En el río que comprende todo. ■

BIBLIOGRAFÍA

- CIEZA DE LEÓN, Pedro, *La crónica del Perú*, Madrid, Espasa-Calpe S. A., 1941.
- CORPONARIÑO, *Estudio sobre el estado actual del páramo de Chiles*, Pasto, Instituto de investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Cabildo Indígena de Chiles, Corponariño, 2009.
- Primer informe sobre el estado actual de los recursos naturales y el medio ambiente en el municipio de Ipiales, Ipiales, Corponariño, 1998.
- FERRO MEDINA, Germán, *La geografía de lo sagrado. Escenario para la batalla, la circulación y la apropiación de signos: el culto a la Virgen de Las Lajas*, Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, CESO, 2004.
- GOYES NARVÁEZ, Julio César, *Imago silencio*, Pasto, Fondo Mixto de Cultura, Nariño, 1997.
- INSTITUTO TÉCNICO AGROINDUSTRIAL LOS PASTOS, Escuela Rural Mixta Loma de Zuzas y Escuela Rural Mixta Laguna de Bacca, *Nuestros mayores hablan... Recuperación de la tradición oral*, Ipiales, Cedigraf, 2002.
- MAMIÁN, Dumer, *Los pastos en la danza del espacio, el tiempo y el poder*, Pasto, Universidad de Nariño, Facultad de Ciencias Humanas, 2004.
- MEJÍA Y MEJIA, Justino C., *Pasto, pastores y pastorales*, Bogotá, Imprenta del Clero, 1943.
- *Tradiciones y documentos sobre nuestra Señora de Las Lajas*, Bogotá, Pax, 1957.
- *Villaviciosa de la provincia de Hatunllacta*, Bogotá, Pax.
- REVELO, Juan Carlos, *Cerros mágicos. Historias vivas del pueblo de Los Pastos*, Bogotá, Fundación 7 monos, 2008.

NOTA

Todas las imágenes que ilustran este artículo, a menos que se indique lo contrario, son cortesía de Diana Prada Rojas y fueron tomadas durante el viaje de la autora por el río Guáitara en 2011.